



REVISTA DE LOS CAZADORES.

APUNTES SOBRE ARMAS ESPECIALES DE CAZA.

Para la caza mayor en general, y en particular para la de animales feroces, se requieren armas de seguridad y exactitud en el tiro, á fin de poder usarlas con serenidad y confianza, por saber el cazador que no le han de faltar en un lance comprometido, y que la bala ha de ir con precision al punto exacto donde se dirige; pues hay animales que en vez de acobardarse por las heridas no mortales en el acto, se enfurecen más y más con el dolor, y se encarnizan en sus ataques al que los hirió, luchando desesperadamente con él mientras les queda vida, y convirtiéndose en tragedia á veces, lo que principió por diversion. Prescindiendo de los medios de que se valieron con este objeto (el de producir la muerte instantánea) los antiguos con armas envenenadas, y otros recursos más ó menos eficaces, solo nos ocuparemos de lo que se ha puesto en práctica desde que se usan las armas de fuego.

Observada por los cazadores del Norte, que es donde siempre ha abundado más la caza mayor, la poca exactitud en el tiro con cañones lisos, principiaron á averiguar la

causa de la variacion de la direccion de las balas; y despues de varios ensayos notaron que las balas esféricas eran las que ménos variacion producian, aunque en llegando á tirar á alguna distancia se dejaba ver la ninguna certidumbre de poner las balas en el mismo punto, aún observando la más estricta exactitud en la carga, tanto de pólvora como de balas, y vieron que en la fundicion resultaba siempre un vacío en el interior de la bala; por lo que un lado de la esfera era más pesado que el otro, haciendo incierta la direccion de la bala por cuanto el peso mayor arrastraba el peso menor. Tratando de corregir este defecto, se probó con balas de varias formas, entre ellas la de cilindro ó sea canutillo, que se desechó porque además de aumentar demasiado el peso del proyectil, y de consiguiente el rechazo, y disminuir el alcance, quedaban en pié los motivos de variacion en la direccion, aumentados por la mayor superficie que ofrecia al aire. La de forma de huevo con la parte más gruesa hacia la boca, dió tambien igual resultado, con la circunstancia de amoldarse peor al cañon, por su propension á revolverse al bajar la carga á causa del mayor peso de la parte delantera. La combinacion de la bala



redonda por delante y cilíndrica en su cuerpo, ofreció el inconveniente de pesar más lo de atrás que lo de adelante, volviéndose por lo mismo durante su vuelo y presentando un plano á la resistencia del aire, perdiendo fuerza, y variando mucho su dirección (1).

La bala esférica *con cola*, ó sea con un agujero atrás, donde se puso un bramante de ocho á diez pulgadas de largo, que arrollado bajo la bala servía de taco (dentro de un cartucho de papel) sobre la pólvora, y desarrollándose en el vuelo, hacia el oficio de timon ó cola de cometa, manteniendo así hacia adelante la cara del proyectil, fué el primer paso para el perfeccionamiento del tiro, á pesar de desviarse de la línea recta, pues dió la idea de sujetar la bala con la misma cara siempre contra la resistencia del aire, quedando solo que corregir la desviación lateral, que se podría corregir imprimiendo á la bala un movimiento continuo circular, tomando por eje la línea horizontal desde la cara delantera del proyectil, á su parte posterior. Con este objeto se trató de imprimir unas estrías oblicuas en la bala, para que cruzando con rapidez la atmósfera, la presión del aire sobre esta especie de principio de tornillo, le comunicara el movimiento de rotación, neutralizando así cualquiera defecto ó desigualdad en la densidad y peso relativo de las partes que componen la bala, y produciendo un vuelo que si bien no fuese matemáticamente recto, se acercase tanto á la perfección, que á cien varas no variase la cuarta parte del diámetro de la bala, por ser el vuelo en una espiral casi perfecta, consiguiendo así que á esa distancia las balas entrasen por un mismo agujero. Para obtener este resultado se conoció que el medio más corto era hacer unas rayas ó estrías espirales en el interior del cañon, y entrando á golpe ligero la bala, siendo esta bala lo bastante mayor que el calibre para que las costillas, ó parte saliente de lo rayado, se grabasen en ella sin que hubiese que golpearla con fuerza (con lo que se deformaría la cara anterior, que es la que se ofrece á vencer la resistencia del

aire, destruyendo así el equilibrio ó centro de peso del proyectil), se conseguiría el objeto de dar la dirección fija. Sentado este principio, se trató de averiguar cuál debería ser la inclinación de la espiral, y la forma, proporción, profundidad y número de las rayas.

Después de muchos ensayos, en que se probó que la teoría del vuelo de la bala es la misma que la de las velas de molino de viento, con la diferencia de que este está parado en su sitio esperando á que el empuje del viento, chocando contra las velas dispuestas en principio de espiral, las haga girar sobre el eje al resbalar sobre la curva que sus superficies le presentan, mientras que la bala al salir del cañon penetra por el fluido atmosférico barrenándolo por medio de sus rayas inclinadas, y escurriéndose el aire por sus hendiduras le hace girar sobre su centro, y neutraliza así los defectos de su construcción, pues tan pronto tienden á llevarla á la derecha como á la izquierda, resultando de sus pequeñas vacilaciones un término medio que representa con corta diferencia una línea recta; se observó que no daban los mismos resultados las estrías menos inclinadas, ó sea de menos vuelta, que las demás; notándose que las que daban media vuelta por vara de longitud de cañon, si bien tiraban con más suavidad y hasta con más fuerza ó alcance, que las que tenían más vuelta, estas tiraban con más exactitud á las distancias mayores á que se hicieron las pruebas (que hay que tener presente que fueron á distancias de caza y no de guerra) hasta 300 varas.

Por lo tanto, se trató de averiguar cuál era la proporción más favorable (de inclinación de la estría ó raya) para conciliar la exactitud en el tiro, con el mayor alcance; y la mayor parte de los inteligentes del Norte, parecen convenir en que, para caza, la vuelta más ventajosa era la de tres cuartas partes á siete octavas en cañones de tres pies de largo.

Los rifles ingleses de principios de este siglo solían tener esta inclinación, y los he visto dar magníficos resultados á 200 y 300 varas de distancia. También se han hecho cañones con vuelta y media y hasta dos vueltas en vara, para hacer pruebas; pero no han dado resultado, porque con la violen-

(1) Téngase presente esto para cuando se llegue á tratar de los revolvers, cuya bala *cónica* tiene el mismo defecto, así como los rifles que se usan con estas balas.

cia del empuje de la pólvora, suelen *rasgar* las balas, no siguiendo la vuelta de las estrias, estropeando la impresion de estas, y perdiendo por lo tanto las cualidades necesarias para recibir el movimiento de rotacion, que es el que produce el vuelo recto. Además, por lo mismo caminan con ménos fuerza y más despacio, pues no se les puede dar la pólvora necesaria sin exponerse á que la bala salga atropellando las estrias, que es lo que se llama *rasgar*.

Es cosa probada por experimentos hechos dentro del agua con proyectiles rayados de gran tamaño y con una máquina-contador adecuada al objeto, que sea cual fuera la rapidez de su paso por un fluido cualquiera, en una distancia v. gr. de 100 varas, si la vuelta de la curva espiral es á razon de una en cada vara, dará 100 vueltas sobre su eje en el tránsito; si de $\frac{3}{4}$ de vuelta, en igual longitud dará 75 vueltas; y de media vuelta, dará 50, y así en proporcion mayor ó menor. La mayor frecuencia de las vueltas neutraliza mejor cualquiera imperfeccion de la bala (mientras la inclinacion no sea tal, que en vez de obedecer á la estria, salte por cima de ella y rasgue, en cuyo caso, como ya no es una bala rayada, sino deforme, es peor que una lisa); pero por el mayor roce y ménos fuerza, el vuelo es más lento y de ménos alcance. La menor frecuencia de las vueltas, por el contrario, no neutraliza tanto los defectos de la bala, aunque le da más alcance por el ménos roce, y porque se le puede aumentar la carga de pólvora, sin tanto riesgo de rasgar.

Como para la caza no se debe contar con tiros de más de 300 varas de distancia, y aun rara vez se tira á más de 150 y 200 varas á las reses no peligrosas; y á las que lo son, se debe tratar de asegurarlas, tirando *por lo más* á 100 varas de distancia, á la cual un tirador sereno y experimentado debe poner todas las balas (con un rifle bueno) en el vuelo de 4 pulgadas cuadradas, lo bastante para herir con seguridad en sitio mortal, y tener tiempo para volverse á preparar á su ataque, antes de que atraviere la fiera ese tránsito, esperándola entonces á 20 pasos, para rematarla con una bala en el ojo ó debajo de la oreja, que de seguro la detendrá lo bastante para poder (en el caso casi imposible de que no muera al tiro),

echar mano al cuchillo de monte y abreviar su agonía; y como á dicha distancia de 250 y 300 varas, está probado que $\frac{3}{4}$ á $\frac{7}{8}$ de vuelta en vara de cañon es la que dá mejor resultado, el cazador debe contentarse con ella.

Creyendo algunos que el movimiento de rotacion se podría dar sin necesidad de imprimir las rayas en la bala entrando esta á la fuerza por la boca del cañon, idearon fundir balas esféricas, rodeadas con una faja ó anillo que se ajustase á las dos únicas estrias que se hicieron en el cañon para esta prueba, y viéndose que así se podía aumentar la pólvora, y de consiguiente el alcance, mientras que (á los primeros tiros) se cargaba con más facilidad, porque no entrando la bala más que justa, en vez de á golpe, el peso de la baqueta bastaba para sentarla sobre la pólvora; muchos, particularmente en Inglaterra, adoptaron el sistema; pero se ha visto despues que se emploman mucho las rayas, y que tirando muchos tiros sin limpiar el cañon y pasarle á menudo la grata ó escobillon de alambre, llegan á necesitar más fuerza y golpes para hacer bajar la bala; y á veces, no llegando esta bien á la pólvora, y quedando en hueco, han reventado los cañones, por lo que este sistema ha perdido muchos aficionados, á pesar de varias ventajas que para *caza* ofrece. Despues, con objeto de facilitar la carga, se ha recurrido á las balas de expansion, que entrando flojas, se dilatan con la explosion de la pólvora, y adhiriéndose á las paredes del cañon toman la forma de las estrias, que para estas armas son más anchas, ménos numerosas y ménos profundas que para las de bala esférica. Para bala expansiva bastan tres rayas, que deben ser de la misma anchura que las costillas, y profundizar (á esquina viva) como un milímetro escaso.

La espiral para este sistema no creo deba bajar de media vuelta en vara, ni pasar de tres cuartas partes. Para bala esférica el número de rayas puede variar desde 7 hasta 15, *pero siempre impares*, entre los calibres de ocho adarmes hasta una onza; la anchura de las rayas debe ser tres quintas partes, quedando dos quintas para las costillas. Estas deben formar cuña para que señalen la bala con más suavidad, y el fondo de la

raya debe ser un poco cóncavo en vez de plano, y de un milímetro de profundidad. Para bala esférica la vuelta debe ser á mi ver de $\frac{3}{4}$; y para bala de faja, vuelta entera en vara.

Posteriormente se han dedicado muchos á inventar armas para cargar por la culata, de las que la mayor parte solo son para guerra, por lo que no nos ocuparemos de ellas, y solo diré cuatro palabras sobre el Lefauchaux, sobre el rifle-revolver de Colt, y el sistema de aguja, y balas explosivas, y de punta de acero, concluyendo así por ahora la parte histórica de las armas de precisión; pues está pendiente de ensayos, por un conocido mio español, la resolución del problema de abolir el sistema rayado por medio de un nuevo proyectil que permita al cañon liso llevar la bala con igual precisión á mayor distancia, pudiéndose cargar indistintamente por la boca ó la culata con cualquiera sistema, para caza ó para guerra. Difícil, aunque no imposible, me parece el resultado; pero si lo consigue, será un grande adelanto en facilidad de carga y economía de coste de armas. Siento no poder hacer uso de las indicaciones que se me han hecho; pero no puedo hacerlo hasta que se vea el éxito, para no perjudicar al inventor.

Los revolvers de Colt (carabinas) son más bien arma para caballería y guerra que para uso de caza; sin embargo, para algunas fieras (en España solo para osos) pueden servir, aunque por su poco calibre no me gustan. La carabina rayada de dos cañones Lefauchaux es para mí muy preferible para caza, y este arma creo que nadie la fabrica mejor que Lebeda en Praga, así como el Lefauchaux doble con el cañon derecho rayado y el izquierdo liso, que para mí es el arma mejor para el cazador de reses, y de montaña sobre todo, pues en esta caza no se pueden llevar muchas armas, y es muy útil muchas veces poder tirar con postas ó plomos á las aves grandes y de mérito con que allí se suele tropezar, lo cual no puede hacerse con cañon rayado, porque el movimiento de rotacion desparrama los plomos de modo que descompone el tiro por completo.

El sistema de aguja, como arma de caza, no tiene más ventaja que la de inflamar la

pólvora junto al proyectil, ó sea de adelante hacia atrás, con lo que se consigue fuerza y alcance mayor, y no compensa la mayor complicacion de llaves, etc., y la menor facilidad de tener buenos mistos y cartuchos, siendo poca la diferencia de rapidez de carga con el Lefauchaux. Las balas explosivas son buenas para la caza de leones, tigres, etc.; pero en este país, además de salir muy caro su uso, no veo el objeto de emplearlas, pues solo tenemos á los osos como animal peligroso; y como es de suponer que el que salga en su busca sea buen tirador y sereno, tiene bastante con un buen rifle y un machete-revolver de seis tiros, que es el único equipo para la caza de montaña y de jabalies (1). La bala con punta de acero, cilindro-cónico-hueca, si me parece útil para esta caza, porque penetra mejor la dura piel de estos animales: teniendo un molde á propósito, las hace cualquiera con facilidad y economía.

Los rifles varían mucho en su calibre, segun su sistema y países en que se usan y clase de caza á que se destinan. Sin contar los que los ingleses hacen á veces para la caza de elefantes, rinocerontes, etc., en la India y en el África del Sur, que algunos llevan bala de cuatro onzas, y cuya utilidad no quiero discutir; en Inglaterra generalmente los hacen de calibre demasiado exagerado, á mi parecer, siendo en general de quince balas esféricas en libra, y como se va generalizando mucho el uso de la bala cónica, resultando esta con una tercera parte más de peso, suelen rechazar algo, á ménos de ser muy pesados, y varían así la puntería en el acto de salir el tiro.

Los anglo-americanos, al contrario, usan calibres muy pequeños; por término medio, de cincuenta á sesenta balas en libra; y siendo sus cañones tan gruesos como los ingleses, no se siente el rechazo en el hombro, y hacen unos tiros de maravillosa exactitud; pero por el poco peso de la bala, no tienen el alcance útil, ó sea con puntería fija á más de doscientas varas (por lo general, pues los he usado que no dejaban nada

(1) En casa de D. Manuel Arenas, Esparteiros, 3, en Madrid, se encuentran de toda confianza, como lo son todos los efectos de caza que allí se hallan.

que desear á trescientas varas): los alemanes, sobre todo en el Tirol y en Bohemia, usan un término medio, ó sea unos doce adarmes, y creo que esto es lo más útil y lo que mejores resultados dá al aficionado á caza, sea que use la bala esférica ó la cilindro-cónico-hueca, que son las dos únicas formas que hasta ahora me ha demostrado la experiencia que son ventajosas para efectos de caza.

M.

(Continuará.)

EL PAVO SILVESTRE.

POR M. AUDUBON.

(Continuación.)

Cuando un macho y su hembra se han reunido de este modo, supongo que continúan en buena armonía durante toda la estación, aunque el macho no se une exclusivamente á una sola hembra, porque he visto á un pavo cubrir muchas, si por casualidad penetraba en un paraje donde todas se hallaban reunidas. Desde entonces las pavas siguen siempre á su macho favorito; se encaraman cerca de él, muchas veces sobre el mismo árbol, hasta que llega el instante de la postura, en cuya época se separan á fin de sustraer sus huevos á la vista del macho, pues los rompería á fin de prolongar sus placeres amorosos. Esta separación es causa de que los machos pierdan su energía: ya no repiten sus combates ni sus magestuosos paseos: su indiferencia obliga á las hembras á escitar su sensualidad; los llaman incesantemente y con fuerza, corren hácia ellos, y con sus caricias extremadas parece como que desean reanimar su ardor espirante.

Algunas veces los machos cloquean y se pavonean; pero he observado que con más frecuencia extienden y levantan su cola, dejan oír ese ruido brusco, ese sacudimiento respiratorio tan notable en ellos, y al instante bajan la cola y el resto de sus plumas. En las noches claras, cuando la luna derrama sobre la tierra su tibio resplandor, repiten sus movimientos, con intervalos de algunos minutos, por espacio de algunas horas, sin mudar muchas veces de posición, hasta sin enderezarse sobre sus piernas, so-

bre todo cuando la estación de los amores se aproxima á su término.

Cuando el final de esta estación llega definitivamente, están muy flacos, dejan de cloquear, y su apéndice pectoral se marchita, se pone flojo y laxo: se alejan de las hembras, y muchas veces pudiera creerse que han abandonado de todo punto aquellas inmediaciones. Por esta época he solido encontrar algunos al lado de algún tronco viejo, en las partes más ocultas y más frondosas de los bosques: como tienen pocas fuerzas para alzar el vuelo, se dejan acercar hasta la distancia de algunos piés; pero corren con una velocidad admirable y se alejan á largos trechos sin notable cansancio, hasta tal punto, que durante horas enteras no perdí de vista á mi perro que seguía con ardor á un individuo, aunque no consiguió darle alcance.

Al seguir á este ave con tal perseverancia no era mi objeto el matarle, pues se hallaba flaco y lleno de insectos asquerosos, y su carne en esta época es muy desagradable: no era otra mi intención que conocer sus costumbres. Parece como que buscan la soledad para recobrar fuerzas y su antigua robustez y gordura, alimentándose quizás de algunas especies particulares de plantas y haciendo menos ejercicio. En cuanto mejora su estado, se reúnen estas aves nuevamente para volver al mismo género de vida. Pero volvamos á las hembras.

Hácia mediados de Abril, si la estación es seca, comienzan las pavas á elegir un sitio para depositar en él sus huevos: hacen su postura en un paraje donde no pueda penetrar la corneja, porque este ave expía muchas veces el momento en que la pava abandona su nido para robar y comer sus huevos. El nido, formado con algunas hojas secas, está situado en tierra, en una excavación abierta al lado de algún tronco de árbol, ó en medio de las hojas de algunas ramas caídas y secas, ó debajo de algún hacecillo de zumaque ó escaramujos, pero siempre en un paraje seco. Los huevos, de un blanco de crema, sembrado de puntos rojos, son algunas veces en número de veinte; pero lo frecuente es que ni bajen de diez ni excedan de quince.

Después de haber depositado sus huevos, se dirige la hembra á su nido con extrema-

da precaucion: raro es que llegue á él por el mismo camino dos veces seguidas, y cuando le abandona lo cubre de hojas con tal cuidado, que es muy difícil, aunque se descubra el ave, saber dónde tiene su nido. Por otra parte, es muy cierto que éste solo se encuentra cuando la hembra lo abandona precipitadamente ó cuando un lince, un zorro, ó una corneja han comido los huevos y esparcido las cáscaras.

(Continuará.)

CAZA DE FIERAS

PARA LAS LUCHAS DEL CIRCO EN ROMA.

La caza, tanto mayor como menor, que desde la Edad media hasta nuestros días viene siendo una diversion las más veces, y otras una industria, fué esto último en la antigüedad, sobre todo en tiempo de los romanos.

Aun cuando la manera de efectuarla se diferencia mucho en las tres épocas, ó mejor dicho, para dar á conocer esa misma diferencia, trataremos de reseñar en el presente artículo los medios de que se valían durante el imperio para cazar las fieras, tan buscadas por el pueblo heróico, que hallaba en las luchas del circo todas las emociones de que siempre estaba ansioso.

No siendo entonces el cazador el que se divertía, sino el que tenía la misión de proporcionar al regocijo público las fieras que formaban en la arena parte del programa de la función, dicho se está que trataría de obtener su presa con el menor peligro posible, oponiendo siempre la astucia á la fuerza, tanto más cuanto que los animales debían llegar vivos y sin ninguna lesión grave á manos del emperador ó del espléndido ciudadano que ofrecía el espectáculo.

Nos admiramos hoy cuando un atrevido domador presenta al público uno ó dos tigres, algunas panteras, pocas veces leones, y estos de escaso tamaño. Sin que por esto tratemos de quitar su mérito al domador actual, mucho más si las citadas fieras han sido cazadas por él, nos parece, sin embargo, muy pequeño el triunfo, comparado con aquellas grandes cacerías que al finar la República, y más tarde durante el Imperio, suministraban á los circos de Roma millares de animales feroces para una sola exhibición.

Doscientos sesenta y seis años antes de Jesucristo, se introdujeron por primera vez las luchas de fieras como entretenimiento público, siendo los que las daban Marco y Decio Bruto, para honrar las exequias de su padre.

Un pueblo, cuya gloria se aumentaba

diariamente por medio de triunfos sangrientos, encontró muy de su gusto una diversion que en tiempo de paz traía á su memoria los combates del campo de batalla; por consiguiente, el espectáculo hizo fortuna, y pronto no hubo acontecimiento próspero, fausta nueva ni subida al poder de cónsul, pretor ó magistrado, que no fuese celebrada con suntuosas luchas.

En ellas moría tan fabuloso número de leones, tigres y panteras, que dan tentaciones de creer que la tierra en su mayor parte estaba habitada solo por tan terribles huéspedes.

Presidiendo Germánico unos juegos que duraron ciento treinta días, mordieron el polvo *nueve mil* fieras, regaladas por el espléndido Tito. En las fiestas de Trajano hubo *mil ciento diez* leones, todos de melenas, sin contar otros muchos animales no ménos feroces.

El sanguinario Calígula ofreció al pueblo una de estas diversiones en que el circo, dispuesto á manera de selva, fué poblado, no solo de cuadrúpedos, sino de aves carniceras, entre otras, *mil águilas* y *tres mil* avestruces.

Las cacerías para proporcionarse este fabuloso número de fieras eran tan grandes, que los historiadores de aquel tiempo aseguran que en el reinado de Neron ya no se hallaban leones en Europa, ni hipopótamos más acá de las cataratas del Nilo.

Entonces, á costa de grandes peligros y fatigas, se conseguía cazar en la India y en el Africa multitud de elefantes, panteras y cocodrilos, pues para el cazador mercader toda fatiga era corta comparada con el crecido lucro que le reportaba, y para el emperador todo gasto era pequeño si con él compraba la popularidad que había de mantenerle en el trono. En cuanto al pueblo, aplaudía con frenesí un espectáculo que halagaba en tan alto grado sus pasiones, llegando su entusiasmo hasta el punto de contarse entre los luchadores á varias de las más hermosas mujeres romanas.

El emperador Augusto, en la inscripción de su moneda, se alababa de haber hecho morir en los anfiteatros *treinta y tres mil quinientos* animales, que habían costado al imperio 600 millones de sextercios, por lo lejano de los puntos de donde habían sido traídos.

Para conseguir cazarlos vivos, y sin graves lesiones, como lo requería el combate, en un principio se valían de grandes hoyos abiertos en el suelo; pero más tarde, en el imperio de Claudio, la casualidad enseñó un medio tan sencillo, que es casi indigno del arrogante y poderoso monarca de las selvas. Este medio lo descubrió un pastor de la Getulia (Africa Septentrional), y consistía en echar al león un paño sobre la cabeza, é inmediatamente caía en una inercia

absoluta, dejándose ligar sin resistirse ni defenderse, por lo cual de allí en adelante los cazadores de leones solo iban armados de una barra de hierro aguzada, de un pié de longitud, un lio de cuerda y un pedazo de tela, ya de paño grana, ya de otro género cualquiera.

La caza de tigres y panteras no ofrece ménos singularidad. Entre otros instrumentos, dice *Nemesiano*, proveíanse de varios haces de plumas pintadas de colores vivos, tales como el verde, amarillo y rojo. Llevaban además una tela bastante grande y susceptible de ser extendida: cerraban con ella una parte de la selva, suspendiéndola de los árboles, clavando en el tegido las ya citadas plumas. Hecho esto, daban la batida, acorralando las fieras que, aterrorizadas ó deslumbradas por el brillo de los colores, no se atrevían á romper el frágil obstáculo que las impedía el paso.

Este sencillo medio dió favorable resultado, no solo para los tigres y panteras, sino que se cazaban del mismo modo los mayores jabalíes, los ciervos más veloces y las zorras y lobos más astutos.

Si los hechos á que nos referimos pudieran parecer exagerados, por la gran distancia á que de ellos nos hallamos, más cerca, en 1820, el capitán Williams, autor de un escrito titulado *Diario de un cazador en la India* (Biblioth. Univers. de Ginebra), describiendo la caza de una hiena, hace mencion de casi todos los instrumentos y particularidades que arriba dejamos citados.

Los naturalistas explican el fenómeno de las plumas, diciendo, que sus vivos colores producen en las fieras el efecto del relámpago, y sabido es el terror que la tempestad infunde en los animales selváticos.

Queda explicado por qué medios se proveían los circos de tan fabuloso número de fieras, dando lugar á un lucrativo comercio entre los cazadores de oficio, que, á su vez, tenían una crecida multitud de siervos destinados á tan penosas tareas, y los emperadores y opulentos, ciudadanos que aspiraban á merecer el favor popular.

Por fortuna, los gustos sanguinarios han desaparecido, dando lugar á diversiones más apacibles, y el cazador de hoy se contenta con hacer la guerra al corredor venado, la tímida liebre y la sabrosa perdiz. Si alguna vez lleva sus aspiraciones, como Julio Gerard, á matar leones ó panteras, es solo con el humanitario fin de devolver la tranquilidad á una comarca.

Por otra parte, los temibles huéspedes de la selva son cada día ménos numerosos, cediendo el puesto al hombre que ya la Providencia en sus ocultos designios, había destinado para reinar como monarca absoluto, sobre la haz de la tierra.

No obstante, creemos que los verdaderos aficionados al noble solaz de la caza agra-

decerán los detalles que hemos procurado describir.

SOFÍA TARTILAN DE ESCOBAR.

EL CABALLO DE CAZA.

(Continuacion.)

Aunque vuestro caballo de caza esté perfectamente amaestrado y pronto á soportar las penalidades y fatigas del ejercicio á que le destináis, os aconsejo que si es jóven no os sirvais de él sinó una vez á la semana en las primeras salidas, pudiendo despues duplicar ó triplicar este número; así como si despues de una jornada larga y penosa apercibiéseis en él señales evidentes de fatiga, debeis dejarle dos ó tres dias por lo ménos en reposo. El hombre que trata á su caballo de caza, no como una víctima sino como un servidor, debe verificar con él solamente treinta cazas en cada estacion. Yo he tenido la fortuna de conocer en Inglaterra un caballo que en una sola estacion persiguió sesenta y cinco veces al zorro; pero aconsejar esta especie de explotacion, que ningun otro animal que aquel ha logrado verificar, seria un ejemplo verdaderamente peligroso aun para los caballos de caza de primer orden.

Los ladridos de los perros, el sonido de las trompas de caza, la emulacion de la carrera, sobreexcitan singularmente el ardor del caballo, no habiendo por lo tanto necesidad de excitarle. El único cuidado del ginete debe ser el calmarle. Muchos caballos han muerto sobre el campo de honor. El caballo generoso disimula su debilidad y corre mientras sus fuerzas lo permiten, cayendo únicamente cuando no le es posible dar un paso más. Otros demuestran su fatiga por mil síntomas irrecusables: la vacilacion de su paso, el latido y continuo movimiento de sus flancos y el inusitado ruido que produce su respiracion á traves de la nariz. Cuando noteis tal fenómeno, estad seguros de que en los pulmones se ha acumulado gran cantidad de sangre, y que el movimiento del corazon no se opera con facilidad. Apeaos inmediatamente; y si tuviérais á mano una lanceta y os supiéseis servir de ella, no vacileis en practicar al caballo una larga sangría. A falta de lanceta abrid los *asientos* (1) del caballo con una navaja, pues es de todo punto preciso que la sangre del animal corra. De vuelta á la caballeriza colocareis el caballo estropeado en la parte más fria de la cuadra, y le hareis dar fricciones en el vientre y en las piernas.

¿Cómo deberá tratarse al caballo de caza

(1) Asientos: llamase así en veterinaria la parte de la boca del caballo donde se coloca el bocado.

despues de su estacion de trabajo? Dos escuelas diversas tenemos á la vista: yo creo que con la que voy á deciros tendreis bastante. No olvideis nunca que es casi imposible que despues de la estacion de la caza, el caballo no padezca, ya de las piernas, ya de los piés. Dejadle refrescar sus miembros en la sana humedad de la vegetacion de Abril y Mayo, pues no podeis figuraros lo que vale para el caballo de caza la yerba primaveral: le purga, le rejuvenece, y le renueva por decirlo así, poniéndole en actitud de soportar nuevos y penosas fatigas. Pero cuando llega el estío con sus dias abrasadores; cuando la yerba pierde sus cualidades aperitivas y medicinales; cuando Julio con sus espantosos calores llena el aire de esos miles de insectos, enemigos acérrimos del caballo, cuyas picaduras envenenadas le producen una excitacion y una fiebre nerviosa que hacen que aquella libertad de que disfruta no sea ya un descanso sino una nueva fatiga, retirad el caballo á la caballeriza y estad seguros de que se encuentra en la mejor disposicion, tanto fisica como moral, para prestaros nuevos é importantes servicios.

Ahora perdonadme, si entre cuestiones casi técnicas como la presente, me atrevo á intercalar una digresion sentimental, si se quiere. Usareis acaso muchas generaciones de caballos de caza: pues bien, no imiteis el ejemplo de ese montero de los alrededores de Chantilly, que últimamente ha premiado con una inhalacion de cloroformo los antiguos y leales servicios de su caballo de caza. Dad á vuestros caballos inválidos lo que bien merecido tienen. Dejadlos en una semi-libertad en vuestros parques, y animarán noblemente los alrededores de vuestra morada. Cuando la sonora trompa vaya á herir sus oídos, los vereis estremecerse, levantar la cabeza, y relinchar á los recuerdos de sus antiguas hazañas.

Voy en pocas palabras á decir dónde podrá encontrarse el caballo de caza, cuyo retrato acabo de hacer. Creo que pocas naciones tendrán, como la Francia, una organizacion tan á propósito para producir toda clase de caballos. La narracion hecha en 1866 de las carreras de caballos, os habrá podido demostrar bien á las claras la superioridad del caballo de Normandía en caballos de carrera, y creo tendreis una prueba evidente en el *Gladiateur* (1). En Bolonia y Merlerault teneis caballos de tipo inmejorable; el Lemosin y la region pirenaica producen caballos de paseo de una elegancia perfecta; y en la costa bretona encontrareis en abundancia *poneys* para los niños, y los caballos enanos tan renombrados.

(1) Caballo premiado en las carreras del bosque de Boulogne en 1866.

En una palabra: podrán encontrarse en Francia caballos propios para toda clase de ejercicios.

(Continuará.)

DE LA PERDIZ.

Mucho se ha dicho ya en este periódico sobre la caza del ave cuyo nombre sirve de epigrafe á este artículo. Cuestion es esta que se ha ventilado extensamente, y en que han tomado parte entendidos aficionados. Diremos, sin embargo, algunas palabras de otra índole, toda vez que, en nuestro concepto, debe conocer el verdadero cazador las condiciones zoológicas de los seres del reino animal á cuya persecucion se dedica.

Describamos, pues, las cualidades de la perdiz, como complemento de lo que otros han dicho en artículos precedentes.

El instinto paternal es sin duda la más hermosa cualidad que tiene la perdiz. Las astucias que pone en juego para librar del riesgo á su familia, son infinitas.

Al ser buscada por los perros, ella los aleja del nido, atrayéndolos por contraria direccion y alzándose despues en el aire.

Si observa que el cazador se aproxima al sitio donde ella tiene sus hijos, practica un vuelo incierto y llama sobre sí la atencion del enemigo, distrayéndole del paraje donde su familia se halla.

Como madre, es digna de servir de modelo.

Si por cualquier incidente una perdiz vé su nido amenazado de gran peligro, en quince minutos traslada á ciento cincuenta pasos, y ayudada del macho, más de veinte huevos, que abriga despues con sus alas, perdiendo si acaso de dicho número algun perdigon.

Si cobijando sus huevos fuese sorprendida, por regla general se dejaria acariciar, pudiendo asegurarse desde luego que si se la quisiera tocar á alguno de aquellos, defendería la agresion á picotazos, como lo han demostrado casos prácticos.

Su mision maternal la llena de tal modo, que no nos extrañaria oir á un cazador la narracion de haber cogido y trasportado á su casa un nido de perdiz completo, sin separarse la madre del fruto de sus amores.

Tristes, en verdad, nuestra rutina. Existe, por ejemplo, un cazador, hombre de posicion y de dinero; existen dos, existen veinte. Si estos tienen como caza favorita la del animal de que se ocupa este pequeño artículo, encierran en veinte cucuruchos de alambre veinte perdices, y ahí está todo, incluso otras tantas fundas verdes, si es hombre que quiere tener *para cada cosa su cosa*; permitasenos la frase rutinaria, ya que corre pareja con la idea expuesta.

Ninguno se ocupa de estudiar con aten-

cion, con constancia, las costumbres é inclinaciones de estos pájaros. Todos salen al campo, los ven, apuntan y.... *púm*, fuego. Todos sacan al sol en su casa veinte jaulas, peores que inquisitoriales calabozos, y sus dueños, locos de contento con la coleccion de séres martirizados, á los que dan el mayor tormento en muestra de cariño y gratitud por el servicio que le prestan ó placeres que le reporten, se dan por muy satisfechos.

Nadie, absolutamente nadie, creemos nosotros, elige, pudiendo hacerlo, una pequeña superficie para estas inocentes víctimas. Nadie dispone sus nidos sobre el suelo á la manera que ellas los forman en medio de los matorrales; nadie hace que el agua que beban corra entre arenas y guijarros; nadie, que encuentren por do quier á su antojo la comida que les place, los chaparros, las retamas en las cuales se abrigan; nadie, por último, se ocupa en domesticar en un patio preparado al efecto, animales de la clase que aquí estudiamos, cuyo resultado daría más placer y mayor riqueza que el estéril calabozo de costumbre.

Los irracionales propenden á la domesticidad en proporcion á nuestro deseo de proveer mejor á sus necesidades. Cuanto mayor sea la relacion que exista entre sus costumbres con las nuestras, tanto más se adherirán á nosotros.

¿Quién dudaría ó negaría que pudiéramos enriquecer nuestros corrales? Ninguno. Los ensayos hechos han dado magníficos resultados. Bandos de perdices domesticadas hánse visto en la Provenza hace dos siglos. En Lisieux salian por la mañana y regresaban de noche á la granja. En la isla de Chio se reunen al silbido del pastor, el cual se vale de la misma señal para decirlas que es la hora de recogerse.

Las perdices á la mitad del invierno se unen para no separarse ya, y se unen por pares: las familias empiezan á aumentarse, siendo hácia el otoño cuando más numerosas se ven las bandadas de estas aves.

Los perdigones corren al salir del huevo, hasta con el cascarron adherido aún; buscan su alimento en las hojas verdes de avellanos, abedules, larvas, hormigas, gusanos, etc.

La madre les llama, acompañada del macho, y los reune. La perdiz roja es casi la más bella. Pardo-rojizo su cuerpo por la parte superior; azul-ceniza su pecho; la garganta blanca, orlada de un fondo oscuro que se desvanece cerca del ojo brillante; de pico y patas encarnadas, y el jaspeado de ondas laterales iris, castaño, blanco y negro, forman un conjunto gracioso. De mayor tamaño que la gris, anida de la misma manera y hace idéntica postura, esto es, de diez y ocho huevos por término medio, diferenciándose en su color de los de la *perdiz*

rubra, que son verdosos, á la vez que los de esta son blancos salpicados de rojo.

La caza, tanto de este pájaro como la de la codorniz, es fácil, pues su vuelo horizontal continuo ofrece un blanco seguro al mediano tirador.

Estas aves se introdujeron en los parques de Inglaterra en 1834, propagándose bastante al poco tiempo.

Finalmente, empollan huevos de gallina que se les introducen en sus nidos, resultando despues pollitos tan astutos, tan tímidos y tan semejantes en sus cualidades á los perdigones, como si fuesen idénticos á estos en un todo.

CÁRLOS ÁLVAREZ Y MALGORRY.

BIOGRAFÍAS DE CAZADORES CÉLEBRES.

ALEJANDRO SELKIRK.—ROBINSON CRUSOE.

Labor omnia vincit.

Si algo grande existe en la humana naturaleza, es el trabajo, señal de nuestra primera degradacion, y medio de rehabilitacion al primitivo estado; legitimo ejercicio de nuestras fuerzas, y manantial de variados y purísimos goces. Nada para él es imposible, pues hace frente á todas las situaciones de la vida, destruyendo poco á poco los impedimentos que la naturaleza y las preocupaciones pueden oponerle en su marcha, trasformando en fértiles campiñas los áridos yermos, y depositando en el corazon los gérmenes de las más grandes virtudes. Si la historia de todos los pueblos y de todos los hombres que algo se han distinguido, no fuesen perpétuo comentario de esta verdad, bastaria para alejar toda duda la que hoy ofrecemos á la consideracion de nuestros lectores.

Amanecia el 1.º de Febrero de 1709, cuando desde las riberas de una isla casi desierta, y únicamente notable por la abundancia de la pesca, se divisaba una vela en el lejano horizonte. Inglaterra dejaba ver de nuevo aquel pabellon destinado á cubrir con su sombra los mares donde en otro tiempo España habia enarbolado el suyo, con cuya benéfica proteccion, ciencias, literatura é industria habian adquirido en el siglo décimo sexto tan prodigioso desarrollo. La isla de que hablamos, descubierta por nuestros navegantes, es la que conocen los geógrafos con el nombre de Juan Fernandez. El audaz marino, que así desafiando la furia del Océano arribaba á sus playas, era Rogers.

Cuando á la vuelta de una gloriosa expedicion de lejanas tierras, y al divisar el puerto donde esperan parientes y amigos, dirige el navegante la mirada, ansiosa de nuevos espectáculos, á la

bulliciosa multitud de sus compatriotas, olvidándose presto las penalidades de un viaje marítimo, y recuérdanse, hasta con placer, los episodios terribles, ora de encuentros de piratas, ora de tempestades, que tan larga provision de anécdotas y aun de mentiras han de traer para las veladas de invierno. Mas cuando la sed de ciencia ó el deseo del lucro mueven los pasos del navegante, y detrás deja en su patria indiferentes, y delante de sí encuentra desconocidos é inhospitalarios pueblos, estréchase el corazón, y tal vez en momentos de amargura se siente que tan grandiosos planes sean recibidos entre burlas y sarcasmos, á todo lo cual se añade, que los crédulos todavía se convierten en críticos, al oír hablar de estas aventuras, y ningún país en especial se considera agradecido á tantos trabajos. En estas ó parecidas reflexiones abismados los compañeros de Rogers, apenas pudieron reparar en cierto cazador, que á bastante distancia en la lejana costa aparecía, más como quien siente la venida de extranjeros que turban su reposo, que á manera de olvidado naufrago, que espera á cada instante la llegada de un buque, que al calor de su olvidado hogar, pasados largos años, pueda por fin conducirle.

Era el hombre en su estado de naturaleza, si existió alguna vez, el que se ofrecía á las miradas de nuestros viajeros. Conservando, como el Satanás que describe Milton, de su primer estado lo que mayor contraste podía presentar con el que ahora se veía vestido con los despojos de las alimañas de toda especie que le proporcionaban el sustento; adornándose con estropeadas reliquias de productos de más adelantada civilización, como el salvaje de Vanikoro que adornaba su pecho con una cruz de Laperouse, parecía una de las fuerzas de la naturaleza á que dieron forma humana los antiguos, prestándoles más terribles caracteres á medida que podían oponerles menores medios de resistencia. Verdadero señor de aquel territorio, tenía todas las ventajas y todos los inconvenientes del que renuncia á la sociedad creyendo ser más señor de sí mismo; y como en los afortunados días inmediatos á la creación, venían á rendirle párias los animales de los bosques acercándose á la choza de Selkirk, que así se llamaba nuestro héroe, y acudiendo con su acostumbrado y tardo paso las tortugas hasta las manos del aventurero, proporcionábanle abundante y regalado sustento. En cuatro años de tan singular género de vida había casi mudado el aspecto de la isla, pues según le aquejaban las varias necesidades á que el hombre se halla sujeto, y aprovechando los restos del naufragio, según unos, ó de la compasión de sus compañeros precisados á abandonarle, según otros, cuales eran pólvora, armas de fuego, un cuchillo, un

hacha y varios instrumentos de náutica, procuró una casa y un compañero de infortunios en alguno de los pacíficos animales que al rededor de su vivienda vagaban, sin que satisfechas las primeras necesidades se detuviese su invención, pues relativamente á su estado se proporcionó bastantes comodidades.

Pero su principal ejercicio era la caza, en la que la Providencia, que á nadie falta, había colocado todos sus medios de sustentación, y en tanta copia, que según el mismo refiere y nos ha transmitido lord Anson (1), precisado á reservar para tiempos de ménos abundancia algunos animales, les hacia determinadas marcas en las orejas y les devolvía la perdida libertad. Cuando treinta y dos años despues de la llegada de Rogers reconoció Anson la isla, se encontró uno de estos, que «indudablemente,—y son palabras del insigne marino,—había primitivamente estado en poder de Selkirk.» No solo por sus relatos, sino tambien por otras circunstancias, se llegó á saber que siendo natural del condado de Fife, en Escocia, y formando parte de la tripulación de un buque inglés, abandonado en la isla, había hecho de la caza su única ocupación, recobrando el pleno dominio que en los primeros días tenía el hombre sobre la naturaleza, pero rodeado continuamente de graves peligros nacidos de la soledad y de los escasos medios con que podía contar para defender su vida.

Cierto día, entre otros que muy de mañana había salido de su choza para procurarse el cotidiano alimento, faltó ya de pólvora y armas, ensayó el medio de alcanzar á la carrera á las trepadoras cabras que, rodeando unas veces su morada y presentándosele otras sobre las cumbres de los más empinados riscos, desafiaban su velocidad y sometían á mortales pruebas las fuerzas de su ingenio. Habíanse endurecido sus miembros con la fatiga y continua exposición á los rigores de aquel clima: ninguna de las consideraciones que impiden al habitante de un país civilizado competir con los animales en rudos instintos, era capaz de detenerle; pero no había contado con lo escabroso del lugar ni con lo gastado de sus fuerzas, y así, despues de algunas horas de penoso ejercicio, hubo de rendirse y abandonar su presa, sucediendo en otras ocasiones que, faltándole bajo los piés el terreno, venían á lo hondo del valle desde lo enriscado de la sierra, lastimosamente precipitados, el intrépido cazador y la no bien asida víctima en que cifraba aquel día sus esperanzas de conservar la vida.

El hombre ha nacido para la sociedad, con la que se hace fuerte el más débil, y cuando este hijo pródigo volvió á la compañía de sus compa-

(1) *Viajes de lord Anson*, Lib. II, cap. I.

triotas, medio olvidado ya de cuanto en mejores tiempos le fuera querido, al narrar sus maravillosas aventuras, que no tuvieron más teatro que las quebradas de los montes, ó las inhospitables playas de la isla, batidas por la tempestad, refutó con mayor elocuencia que hubiera podido hacerlo el mejor filósofo, la opinion de que el hombre no necesita, para vivir y desarrollarse, de ajeno auxilio.

Entonces fué el recordar con un placer mezclado de sobresalto, porque la imaginación todavía abultaba á su vista las calamidades pasadas, las largas noches en vela, y los días en continuo acecho de caza, que tal vez llegó á desalojar de la isla; los terribles huracanes que igualaban con el suelo su mal compuesta choza, y el supersticioso temor que asaltó su ánimo, al ver la primera huella de piés humanos en la desierta isla. Entonces fué cuando apreció en todo su valor las consoladoras palabras, que por cualquier página que la abriese, le traía su Biblia, (única voz humana, pero en cambio inspirada por Dios, que llegaba á sus oídos), donde se le mostraba un pueblo entero caminando por el desierto, y los pueblos todos por el mundo, como él por su isla, con más motivos para desconfiar que para esperar de los hombres, pero con el íntimo convencimiento de que de Dios procede todo auxilio.

No son para vulgares plumas las aventuras y sucesos de aquella vida tan llena de interesantes hechos, como falta de testigos y de estímulos; y sin embargo, contados primero en el puente de un navío, para distraer á ignorantes marineros, cayeron, andando el tiempo, bajo el dominio de elegantes autores, y variados nombres y lugares, proporcionaron solaz y moral instruccion en obras pertenecientes á todas las literaturas, á los niños y á los jóvenes, siendo para los ancianos, á falta de otros, que ni su edad ni su temperamento permiten, agradable pasatiempo.

¿Quién no ha leído la preciosa novela de Daniel de Foé calcada sobre la breve pero interesante historia que dejamos referida? ¿Quién no reconoce en ella una de las profundas producciones tan comunes en las literaturas del Norte, donde hasta los consejos que cuenta á sus nietos la anciana al lado del hogar y los cantares del joven ó de la doncella llevan el sello de la reflexion y más agradan cuanto más ahonda la inteligencia en su conocimiento? Verdad es que en todas las literaturas, la lucha del hombre solo con la naturaleza, es trivial argumento; que desde Homero hasta Victor-Hugo, el hombre endereza sus flechas á los dioses, y tal vez los hiere, ó toma sobre sus hombros el peso del Atlas, ó lucha á brazo partido como Gilliatt (1), héroe de la última obra del

gran autor romántico, con las tempestades y los escollos del Océano, para conseguir la realizacion de un pensamiento que es toda su vida. Pero en Robinson, tipo ideal á quien las letras de todos los países han concedido naturalizacion, añadiendo á las verdaderas aventuras de Selkirk las que mejor parecieron al ingenio de cada novelista, se ha manifestado la misma tendencia, ya con fines altamente morales, pues al abandonar su hogar, llevado del irreflexivo afán de ver extrañas y apartadas tierras, contradiciendo las órdenes de su padre, resistiéndose á las lágrimas de su madre y á las exhortaciones de sus parientes y amigos, ha suscrito, por decirlo así, á la pena que su desamor merecía, teniendo como única tabla en su naufragio el arrepentimiento, y como recurso para rehabilitarse el trabajo, que desarrollando todos los medios con que su fecundo ingenio le brindaba, le acompañó en su soledad y le sostuvo en su flaqueza. Las armas y la pólvora sostuvieron con la caza su vida física; la esperanza de mejores días y la voz de la sagrada Escritura le conservaron la vida del alma y santificaron su rudo trabajo hasta volver á su abandonado hogar, nunca como desde aquella fecha querido.

Hé aquí porqué un sabio y piadoso vicario de la diócesi de Aviñon, recordando que cuando niño se divertía con la lectura de este libro que nunca envejece, ha creído conveniente adicionar con cristianas reflexiones y modificar las que hace su autor, con arreglo al criterio protestante, una de las ediciones francesas que más boga han alcanzado en los modernos tiempos. Hé aquí por qué aspirando siempre nosotros á elevar los asuntos que tratamos, ya que no puede ser por la profundidad de los juicios, ni por la magia y brillantez del estilo, ni aun por la novedad del argumento, si al ménos por sus íntimas relaciones con su aplicacion á la vida práctica y á la enseñanza de las costumbres, hemos colocado en visible y distinguido lugar de la galería de cazadores célebres al Selkirk, abandonado de todos, tipo de Robinson, á quien todas las literaturas prohijan, y á quien acompañan con sus simpatías todos los honrados corazones.

El trabajo como medio de rehabilitacion, el valor absoluto del hombre frente á la naturaleza, tienen en él su más perfecto dechado, y el arte de la educacion una de las más adecuadas figuras para llamar la atencion de los niños hácia los males que produce la desobediencia, y los recursos que tiene siempre para elevarse á Dios quien estaba destinado á él como á su propio centro y morada, aunque por algun tiempo, siguiendo la corriente del mundo ó sus propios depravados instintos, hubiese olvidado sus deberes de hombre y de cristiano.

¡Bien venidas sean todas las alabanzas del tra-

(1) *Los trabajadores del mar.*

bajo que en agradable concierto formulan la naturaleza y el arte; aquella cuando al venir el día hasta las pintadas avecillas celebran con su vuelta la renovacion de las faenas del labrador, de los trabajos del industrial y de las útiles ocupaciones de los que profesan las artes liberales, éste al escribir para los niños libros de sana moral, que hablándoles como las madres en su incipiente lenguaje, les amaestran en el régimen de la vida, inculcándoles que el hombre, que está destinado á ser rey de la creacion, solamente recibe esta divina investidura cuando de ella se hace digno por medio del trabajo!

ANTONIO BALBIN UNQUERA.

CRONICA.

Seguimos recibiendo noticias de continuos asaltos contra la propiedad, cometidos por los ladrones de caza que, con hurones y lazos, en vez de dedicarse á ocupaciones lícitas, cogen la caza y la venden públicamente en los mercados.

Esperamos que las autoridades locales seguirán el ejemplo que están dando las de Madrid, decomisando las piezas de caza que traten de venderse.

Confiamos tambien que los gobernadores civiles excitarán sobre este asunto el celo de la guardia civil.

Tenemos preparada la biografía de D. Juan I de Aragon, el cazador, (original), y otras escritas expresamente para este periódico.

Aguardamos de un día á otro la publicacion de una Real orden dictando medidas para evitar los entorpecimientos que imposibilitan el fomento de la caza.

Entretanto estamos haciendo los trabajos preparatorios para la modificacion de la actual ley de caza. Al efecto contamos con el apoyo de personas influyentes, y con un proyecto de ley redactado por un amigo nuestro, que es uno de los más antiguos é inteligentes aficionados, y que es muy apreciado y respetado entre los cazadores de Madrid.

Hemos sabido con la mayor complacencia que los aficionados á cacerías en Segorve (Castellón), guardan rigurosamente la veda, sin que hayan usado la escopeta desde que empezó, á no ser los días de fiesta para el tiro de palomas, que por cierto van escaseando, pues son muchas las que han muerto en esta temporada, y se hace preciso buscarlas á bastante distancia.

Uno de nuestros amigos de Rota (Cádiz), nos dicelo siguiente en carta de 11 del actual:

«Las autoridades de esta villa muestran mucho celo y desean cumplir con sus deberes res-

pecto á la veda y á la persecucion de animales dañinos. Aquí está desarrolladísima la afición á la caza, pues además de seis ú ocho cazadores de oficio, hay ochenta ó más aficionados, aunque no todos *rais amateurs*, pues algunos, con tal de matar una perdiz desde esta fecha hasta fin de Julio, no se hacen cargo de que al levantarse la veda habrá treinta y seis ó cuarenta perdices ménos por cada hembra que ahora se mate. Me prometo ocuparme otro día de este asunto con más extension.»

Hace algunos días se vió aparecer en la costa meridional de la embocadura del Forth (Escocia,) un banco de 150 á 200 ballenas, cosa muy rara en aquellas aguas. Al punto se lanzaron los pescadores de New-Haven en sus barcas, armados de arpones, hachas, etc., y atacaron el banco, que consiguieron romper. Despues de una larga batalla, á la que asistían desde la orilla muchos espectadores, fueron conducidas á tierra en New-Haven, 16 ballenas, y otras 7 en Graton. Una de las ballenas media 25 pies y medio de longitud por 11 de circunferencia; la menor tenia sobre 9 pies de longitud. La pequeña bahía de New-Haven estaba toda ella tinta en sangre.

Uno de nuestros más queridos amigos, nos dice desde Zaragoza lo siguiente:

«Poco se respeta, amigo mío, la veda, á pesar del enérgico bando del gobernador, pues todos los días se ven cazadores con perros y escopetas que salen á tirar conejos y perdices, y en la plaza, aunque á escondidas, se venden muchas perdices.

Las codornices deben haber venido en abundancia, pues hay bastantes á la venta vivas, y algunos pares muertos á escopeta.»

Nuestro ilustrado amigo D. Teobaldo Fajarnes, director de *El Museo Campestre* de Valencia, ha presentado á la Exposicion regional varios animales, entre ellos una variada coleccion de perros, la mayor parte de caza.

En la imposibilidad material de dar cabida á todos los originales que teniamos preparados para este número, nos vemos en la precision de retirar algunos; y para no retrasarlos demasiado, aumentaremos notablemente la lectura del número de 10 de Junio.

La falta de espacio nos impide ocuparnos hoy de la exposicion regional de Valencia.

Hemos oido hacer grandes elogios de un nuevo fusil, notable por sus adornos y grabados, que la fábrica de Zuazubiscar ha debido ya enviar á la Exposicion de Paris.

Por todo lo no firmado,

El Editor responsable, D. Domingo de Castro.

MADRID.—1867.

Imprenta de M. Tello, San Márcos, 26.